

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 42

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

La escritura oral de Bryce Echenique

Rafael Conte

Como buen humorista, Alfredo Bryce Echenique no solo nos hace reír; sus lectores experimentamos ya desde *Un mundo para Julius* (1970) —su primera novela— ese brutal empujón hacia la sonrisa que la prosa de este escritor impone siempre de manera apremiante; al final, en *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981) nos hacía llorar hasta la exasperación, de tan dolorosas como eran las carcajadas. Desde el principio supimos que era un escritor desbordado, al que se le acumulaban sucesos y personajes, vueltas y revueltas, obsesiones y fulgores que chisporroteaban en todas las direcciones, como si las medidas le fueran concedidas para ser rotas. Y así, desde las instantáneas de sus cuentos —con tres libros, *Huerto cerrado*, *La felicidad, ja, ja* y *Magdalena peruana*— hasta sus grandes novelas, siempre alargadas pero que siempre terminan demasiado pronto, lo característico en Bryce Echenique es que lo mezcla todo, lo trágico y lo cómico, el dolor y la risa, la desmesura y el matiz, lo personal y lo colectivo, y así sucesivamente.

Y ahora, tras convencernos de que es un espléndido cuentista y un gran novelista, aborda un género más complicado, menos claro, poco frecuentado además entre nosotros, el de la novela breve —que siempre oscila entre el cuento alargado y la novela comprimida— y sale otra vez triunfador del empeño.

A veces, leyendo los libros de este singular escritor, recuerdo una frase de aquel gran humorista injustamente olvidado, Wenceslao Fernández Flórez (a quien siempre habrá que volver), quien hizo decir a un personaje llorón en sus *Visiones de neurastenia*: «Lloré tan a gusto que me daban ganas de reír».

Pues bien, el caso de Alfredo Bryce Echenique es posiblemente su antípoda y contradictorio, ya que nos hace reír tan espasmódicamen-

te que a veces nos dan ganas de llorar. Es entonces —como siempre pasa con el humor cuando lo es de verdad y se separa definitivamente de todas sus trampas y ambigüedades— cuando el escritor se levanta sobre sí mismo, desborda su irreprimible humor universal y accede al terreno de la gran literatura, y todo se nos aparece como escombros y destrucción. Y, sin embargo, allí lejos, frágil y leve, sigue brillando una lucecita que acaso sea de esperanza, por si alguien quiere aferrarse a ella.

Los narradores peruanos de esta segunda mitad del siglo XX, tan estrechamente ligados al renacer de la novela latinoamericana de hoy, suelen verse clasificados según sus escenarios y tonos. A Vargas Llosa se le acusó de desconocer la sierra —y nos dio su fallida *Historia de Mayta*—, a Scorza de no salir de ella, y se fugó con *La danza inmóvil* antes de desaparecer, y a Bryce Echenique se le etiquetó como limeño y ya vemos lo que ha pasado, que escapó en todas las direcciones hasta París, el sur de Francia o España, en sucesivos viajes de ida y vuelta. A Vargas Llosa le prohibieron salir del Perú y edificó *La guerra del fin del mundo*, le dijeron que no conocía a los indios y fabricó *El hablador*, también que carecía de sentido del humor y levantó *Pantaleón y las visitadoras*. A Bryce se le ha acusado de no salirse de su inicial pacto autobiográfico desde *Julius* hasta *La última mudanza de Felipe Carrillo*, y no digamos del díptico escrito en un sillón Voltaire pasando de la historia de Martín Romaña, ya citada, a la de *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, que es la otra cara de la anterior. Y ahora llega con estas *Dos señoras conversan*, y cada una de las tres historias que la componen se van por su propio lado, de Lima a Cerro de Pasco, a los Estados Unidos, o a la selva de Iquitos otra vez, porque hay que seguir rompiendo. La sierra es tan horrible como Lima, y además se nos presenta plagada de norteamericanos y recordada desde Estados Unidos, y la selva, como siempre, está repleta de arañas venenosas que pueden llegar hasta París. ¿Ha desaparecido el tan cacareado pacto autobiográfico? Las dos señoras casi agonizantes que circulan por la primera de estas tres novelas recordando su paraíso perdido así podrían hacerlo suponer, pero sigo sin estar seguro de ello. Surgen en pie, y con un relieve excepcional, del mundo tradicional del escritor, del más originario, el de *Julius*, componiendo una fábula tan divertida y satírica como nostálgica y poética. Quizá es la mejor de estas tres historias, la más unitaria y ceñida, la más certera en suma. Aquí el escritor se mueve como pez en el agua, como en su líquido amniótico, y las vivencias personales no deben estar demasiado lejos, a pesar de la aparente e implacable

objetividad del relato. *Un sapo en el desierto*, la segunda de estas historias, viene contada por uno de sus personajes mismos, en un alarde de esa *oralidad* que tiñe desde siempre toda la literatura —habría que decir la escritura, aunque suene raro esa expresión de «escritura oral» que titula esta página— de Alfredo Bryce Echenique. El relato es tremendamente divertido una vez más, hasta explosivo, como sucede en este autor, pero acaso el retrato del ingeniero norteamericano perdido en las altas sierras peruanas —extraviado más bien, según la pedagogía implícita de ese escritor de tan insólito y personal izquierdismo que es Bryce— resulte levemente desvaído: solo conocerá el infierno, o acaso algo que es peor, el limbo, en su final retiro estadounidense. Aunque no hay que olvidar que el centro de la historia reside en quien la cuenta, no en lo que cuenta, y que así es otra vez un relato de iniciación pues si no estamos perdidos.

Estas tres novelas de casi un centenar de páginas cada una han sido escritas en tres meses consecutivos de esta misma primavera. La tercera es la más terrible, la más inverosímil también, y aunque no está exenta de ambigüedades —pues podría ser una nueva historia, puesta en solfa, del fallido *Mayta* de su colega Vargas Llosa—, Bryce Echenique lo salva todo con su especial ternura que nunca quiere decir su nombre, un sentimiento que se filtra a través del absurdo y del exceso, de la exageración, pero que niega todo sentimentalismo al uso. *Los grandes hombres son así. Y también así* es un retrato terrible de un paródico revolucionario peruano donde se advierte a posibles tentadores que todos los ídolos no solamente no crecen nunca, sino que no dejan que nada crezca a su alrededor. Un aviso para navegantes, con la risa en el estómago —eso que no se puede reprimir— y la ternura en las formas. Una ternura que se derrama por todas partes, en la habilidad de una palabra hablada que parece surgir de todos los rincones, que aborda múltiples puntos de vista en la misma frase y que hace sospechar que el escritor cuida su texto con tanto mayor rigor cuanto más espontáneo parece. Esta trilogía, menos dispar de lo que aparenta, desemboca en un placer que tampoco oculta el pensamiento, como debe ser para no poder resistirse a su lectura.